

# Motivaciones

(Cuento)

Escribe: CARLOS DELGADO NIETO

Era una tiniebla retinta la que llenaba el camino cuando los dos hombres y las dos mujeres, que no formaban dos parejas, regresaban al pueblo. Desde el anochecer hasta las diez habían permanecido en una tienda de comestibles que tenía al lado un salón donde había una electrola, y entre esta y las mesas quedaba un pequeño espacio utilizable para bailar. Mientras ponían los pies con cautela en la negrura del camino, los dos hombres y las dos mujeres se preguntaban qué clase de clientela sostendría aquel establecimiento, pues mientras ellos permanecieron allí nadie entró a comprar nada, y además el dueño no mostraba ningún interés en vender, atendiendo perezosamente los pedidos que ellos le hacían. En cambio una niña, que debía ser hija de él, estaba encantada y trataba de prestar servicios de persona mayor en la única mesa ocupada. El establecimiento estaba alumbrado fuertemente por la luz verdosa de dos lámparas de gasolina, y con el contraste de la completa oscuridad de afuera, los parroquianos tenían la sensación de hallarse en una isla.

Los dos hombres y las dos mujeres no formaban dos parejas, a pesar de que Saúl, el de bigote, solía quedarse mirando largamente y con la boca abierta a la mujer de pelo negro. Reinaldo y la pelirroja disimulaban hablando entre sí o bailando. La mujer objeto de la contemplación no se daba directamente por aludida: clavaba los ojos en la mesa como interrogándose acerca de lo que podría significar aquel alelamiento de su amigo y la influencia que aquello podría tener en las otras cosas de su vida que a ella le interesaban profundamente, tales como la memoria muy amada de su esposo muerto, sus dos pequeños hijos y su capital. Porque cada una de las dos mujeres era dueña de un capital respetable, casa propia, automóvil, así como sus dos acompañantes solo contaban con el producto de su trabajo, bastante aceptable en esos días. Pero en aquel sitio aislado del mundo, en esa isla verdosa rodeada de espesa oscuridad, las dos mujeres se sentían más desvalidas que sus acompañantes. La pelirroja no era viuda, pero su marido era un bárbaro, tramposo, bebedor consuetudinario, y no habían tenido hijos.

Las dos mujeres preferían ciertas canciones románticas de sus buenos tiempos, canciones que habían estado en boga veinte años atrás. Saúl com-

partía encantado aquella preferencia, no así Reinaldo, quien decía que eran mejores las canciones sin pasado, los ritmos que bailaban los jóvenes yeyés.

No obstante esa diferencia de gustos, la armonía entre los cuatro fue perfecta hasta que, al sonar un ritmo alegre, la pelirroja le propuso a Reinaldo que bailaran. Reinaldo terminaba en ese momento una botella de cerveza, y a esos últimos sorbos les había encontrado un sabor no solo agradable sino sugestivo, entrañable. Nos sucede muy raras veces encontrarle un sabor trascendente, misterioso a una bebida o a un cigarrillo; nos concentramos en el disfrute y en la subconsciente interpretación de ese sabor, y si en ese momento la bebida se derrama o el cigarrillo se cae, nos sentimos muy desgraciados, como si hubiéramos perdido una oportunidad única de encontrarnos a nosotros mismos. Los cuatro clientes de la tienda bailaban sin fervor, como tanteando solamente si eso era lo que había que hacer. Esto unido al complejo placer que Reinaldo experimentaba con los últimos sorbos de su botella de cerveza, hizo que él le pidiera a la pelirroja aplazar el baile hasta que él terminara. La mujer se echó contra el espaldar de la silla, enarcó las cejas y guardó silencio. La pelinegra bailaba con Saúl mirando al suelo mientras él la contemplaba, no deseándola sino estudiándola. La niña miraba los pies de los que bailaban, tratando de grabar los pasos en su memoria. El dueño, con los brazos extendidos sobre el mostrador, miraba hacia afuera, donde no se veía nada. Los parroquianos hablaban poco, los hombres tomaban cerveza, y las dos mujeres, que empezaron pidiendo brandy, se habían pasado a limonada. No se sabe si aquello podía llamarse baile o tertulia, pero en todo caso era una reunión floja e insípida de personas desencantadas que no esperan ya nada del mundo y que se han reunido por casualidad.

En la electrola empezó a sonar otra pieza, muy parecida a la anterior. Reinaldo ya había terminado su cerveza y le dijo a la pelirroja:

—Ahora sí, bailemos.

Lo dijo sin ponerse en pie, solo extendiendo un poco el brazo sobre la mesa. La mujer le dirigió una mirada seria, triste, y dijo:

—No.

Esta vez le tocó a Reinaldo enarcar las cejas. Le preguntó a la mujer si no le gustaba esa música, y ella respondió con calma:

—Sí, está bien, pero no quiero bailar.

Reinaldo hizo un gesto de resignación y pidió otra cerveza, con la esperanza de hallar en la nueva botella un sabor semejante al de la anterior. Lo de bailar o no bailar no le importaba, no habían ido allí para eso. ¿A qué habían ido allí? Ninguno de ellos habría podido decirlo. Sin embargo, no estaban en ese sitio por casualidad; el viaje (o paseo, o gira sonámbula) había sido planeado con anticipación y habían salido juntos de la ciudad en el carro de la pelirroja manejado por el marido de ella. Este solo había permanecido un día en el pueblo; se había vuelto a la ciudad con el carro por asuntos de negocios, según él, pero en el ánimo de los demás estaba la seguridad de que en la ciudad lo esperaba una da-

misela para el fin de semana. En todo caso, al marido de la pelirroja no le gustaba andar como su mujer y los otros dos flotando en el aire del mundo, comportándose como unos ectoplasmas; a él le gustaban las cosas concretas: ganar dinero, gastar dinero, emborracharse, andar con las piscas, matar a un peatón con el automóvil. En esto último tenía bastante experiencia: para un Añonuevo arrolló a un empleado bancario; seis meses después hizo morir contra el piso de una calle a una joven mecanógrafa, y siguió tranquilamente hacia su casa a reponer la trasnochada. La policía tuvo que sacarlo de la cama. ¿La cárcel? Ni se dio cuenta, porque las horas que pasó en ella estuvo dormido: el capital de la pelirroja era entonces más grande y mejores las amistades que tenían.

Un fósforo rasgado por Reinaldo les permitió avanzar unos segundos con confianza, pisando con seguridad las hojas secas diseminadas por el camino, a sabiendas de que no eran alimañas. Pero los cuatro no se juntaban, parecían rehuírse unos a otros entre la noche tibia y húmeda. La soledad de cada uno de ellos no los hacía solidarios. Y con ese andar cada cual por su lado les resultaba más difícil aprovechar la luz de los fósforos de Reinaldo. Saúl no usaba fósforos sino encendedor, pero este se apagaba allí, a la intemperie, a pesar de que no se sentía ninguna brisa.

Más cerca del pueblo, en las tierras de panllevar, el terreno era más plano y la ausencia de árboles hacía más confiada la marcha. Los caminantes iban más agrupados y se distinguían unos a otros, ayudados por el color claro de los vestidos.

Los vestidos...

—Con esta ropa somos menos verdaderos —dijo la pelinegra.

—Sí, estamos disfrazados —apoyó Reinaldo—.

—Al contrario, —dijo la pelirroja—, yo creo que somos más verdaderos porque estamos menos cubiertos.

—¡Oh! —protestó tranquilamente Saúl—, el falaz no deja de serlo porque esté desnudo, y el veraz sigue siéndolo aunque solo se le vean los ojos.

—Ahora no nos vemos los ojos —dijo la pelinegra—.

Reinaldo acogió esto como un chiste, lanzando una breve carcajada. Saúl no dijo nada, y la pelirroja apuró el paso apartándose del grupo y pensando: “¡Si supieran las del Costurero y las del Apostolado... Yo por aquí, por este camino oscuro con dos hombres y otra mujer, formando dos parejas!”. Y había estado bailando y tomando licor en ausencia de su marido, y se había enojado porque un hombre no quiso bailar con ella en el momento en que ella quería... “tendré que confesarme”. Cuando pensó esto, se encontraban ya rodeados de ladridos de perros, en lo cual vio la pelirroja cierto signo punitivo o premonitorio, recordando de paso las apariciones del diablo bajo la forma de un perro enorme de ojos chispeantes.

Con la caminata y la escalera al segundo piso del hotel, la pelinegra se declaró muy cansada y acalorada, y propuso que se sentaran un rato

en el vestíbulo. Ella se sentó antes que los demás, o mejor, se dejó caer en la silla de mimbre diciendo "¡Uf!" y estirando las piernas. En esa posición sus muslos se veían amplios, protectores. Desde allá arriba dijo:

—Hablen ustedes, que yo estoy muy cansada.

Los otros tres guardaron silencio. Quizá estaban igualmente cansados, aunque no lo confesaran. No hacían más que mirarse mutuamente, mientras la pelinegra se estiraba más y apoyaba la cabeza en el espaldar, con la cara hacia arriba, como una manera de descansar más pronto. Los que se miraban en realidad eran los dos hombres, ya que la pelirroja se mantenía con la cabeza gacha y en un notorio estado de tensión. Reinaldo creyó oportuno decir en tono de broma:

—¿Sí saben ustedes que esta dama se negó a bailar una pieza conmigo?

La pelinegra miró hacia ese lado sin quitar la cabeza del borde superior de la silla.

—Usted se negó primero— dijo la pelirroja sin alzar la cabeza y sin poder ocultar del todo la rabia que llenaba su voz.

Reinaldo se puso a explicar lo del sabor de la cerveza, añadiendo que la pieza estaba para terminar... Iba a agregar algo más, pero la aludida se levantó bruscamente y partió a toda prisa hacia el corredor, donde a lado y lado se enfilaban las habitaciones. No había duda que estaba molesta por el hecho que acababa de mencionar, y Reinaldo se encaminó tras ella diciendo con voz dulce, paternal:

—Oiga, niña.

Se oyeron unos pasos apresurados, y nada más. La pelinegra continuó en su posición de descanso, y Saúl fue imitándola poco a poco, dejándose deslizar del asiento, estirándose. Sin comentar el asunto, sin decirse nada, los del vestíbulo decidieron esperar el regreso de los que se habían ido por el corredor.

—Es bueno el cansancio: se les toma más el sabor a ciertas cosas—. Esto dijo Saúl haciendo una última y casi imposible estirada. La pelinegra, bajó la cabeza del espaldar, miró a Saúl como tratando de entender lo que había dicho, y sin responder nada volvió a instalar la cabeza sobre el respaldo. También con la cara hacia arriba, Saúl continuó: —Se renuevan ciertas fuerzas. El espíritu se hace más sutil—. Esto último le pareció a Saúl que merecía alguna respuesta, y ladeó la cabeza hacia donde estaba la mujer, pero esta se limitó a cruzar los pies, que había mantenido paralelos, y a respirar profundamente.

A pesar de la incómoda posición, la pelinegra alcanzó a dormir un poco. Despertó sobresaltada, mirando a todos lados, y al no ver más que a Saúl que la miraba socarronamente desde su perezosa distancia, preguntó:

—¿No ha regresado?

Con tono irónico, Saúl respondió pluralizando:

—No han regresado.

La pelinegra frunció el ceño, se levantó de un salto y se encaminó a la pieza que ocupaba con la pelirroja, justo enfrente de la pieza de Reinaldo. Saúl la siguió andando despacio, con las manos en los bolsillos del saco, y se detuvo frente a la puerta, que la mujer abrió por completo. Era evidente que la pelirroja no estaba allí, y con una última esperanza la pelinegra abrió la puerta del baño, pero allí tampoco había nadie. Entretanto, la pieza de enfrente permanecía cerrada. Por un momento, Saúl participó de la perplejidad de la pelinegra, si bien no se cruzaban ninguna palabra; luego, mientras la mujer mostraba un ceño cada vez más adusto, el hombre que estaba parado ante la puerta con las manos en los bolsillos empezó a esbozar una sonrisa. La mujer se acercó a la salida, apoyó la mano en el borde de la puerta, como si no tuviera bien claro en la cabeza lo que debía hacer, y fue entonces cuando Saúl le preguntó con tono sugestivo:

—¿Tú no me negaste también alguna pieza?

La mujer le lanzó una mirada severa, y mientras cerraba la puerta le dijo con dureza:

—Hasta mañana.

Luego se oyó que echaba por dentro toda clase de aldabas y seguros, mientras en la pieza de enfrente se oían otros ruidos menos nítidos.